

EL  
**CETRO DE FLORES,**

COLECCION DE LEYENDAS

BASADAS EN LAS

**OBRAS DE MISERICORDIA,**

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO,

DEDICADAS

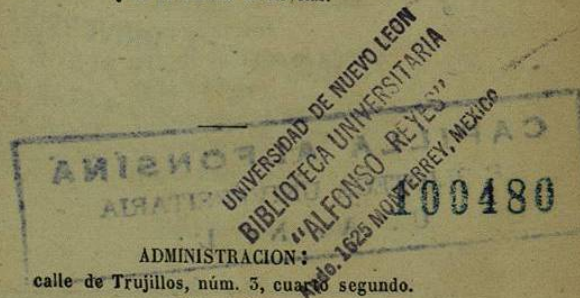
A S. A. R.

el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias

D. ALFONSO DE BORBON,

Y PUBLICADAS

con la aprobacion de la censura eclesiástica  
y de la fiscalía de novelas.



ADMINISTRACION:  
calle de Trujillos, núm. 3, cuarto segundo.  
MADRID.

33863



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la autora: que  
se deposita en el depósito que previene  
la ley.

PQ6567

.55

c4

V.2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

MADRID: 1865.—Imp. de M. Tello, Preciados, 86.

828

## LA VIOLETA.

Hay una flor humilde,  
que oculta crece  
bajo un espeso velo  
de fino césped.

Si el sol la mira,  
entre su verde lecho  
la frente inclina.

Jamás á los festines  
lleva su aroma  
porque la mata el viento  
de la lisonja.

Y es su perfume  
emanacion divina  
que al cielo sube.

Esta flor ruborosa  
es la violeta:  
imitad su retiro  
y su modestia.

Todos la buscan  
con amor, y es acaso  
porque se oculta.

---

Oid, hermosos niños,  
la historia bella  
que há tiempo me contaron  
de una violeta.

Y al concluir la,  
nublará dulce llanto  
vuestras pupilas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1622 MONTERREY, MEXICO

## LEYENDA SEGUNDA.

---

EL ÁNGEL DE LOS TRISTES.

868

I.

Hay en Madrid algunos callejones sin salida, húmedos y oscuros, como que nunca los visita el sol.

En estos callejones suele haber, á cada uno de sus lados, algunas casas muy altas, y si algun rayo del astro benéfico llega á brillar en el pedazo de cielo que, cual una cinta azul, se divisa entre los aleros de los tejados, se queda allí, sin descender al sombrío y húmedo pavimento.

Los habitantes de estas casas son, por lo comun, gentes pobres, que no pueden vivir en barrios más salubres y más alegres.

Cada edificio se divide en muchas viviendas numeradas, que ocupan miserables familias.

Voy á presentarnos uno de estos callejones, el cual no solamente no tiene salida, sino que la entrada, que en algunos de sus semejantes está franca, se cerraba con una enorme puerta y un inmenso cerrojo que se corria y descorria á voluntad de los vecinos de una casa sola, pero tan grande, que ocupaba toda la extensión del callejon en su parte de la izquierda.

La entrada principal de aquella gran casa estaba por una calle de tránsito poco frecuentada, á la cual daba una fachada adornada con elegantes balcones, colocados con simetría, y con todas las reglas de la moderna arquitectura.

La parte interior del edificio era la que caía al callejon, ó mejor dicho, al pasadizo sin salida, y cuya entrada se cerraba escrupulosamente.

Nada tenían que ver los ricos inquilinos de la parte de la calle con los humildes habitantes de la parte del pasadizo.

Al lado de la derecha de este, caían los numerosos balcones de otra casa decente, pintados de verde y cerrados con persianas; esta casa tenía la entrada por una plaza, situada junto á la calle solitaria donde se ele-

vaba el gran edificio que ocupaba la izquierda del callejon.

Toda esta parte de él tenía ventanas, excepto el cuarto principal, que tenía tres pequeños balcones.

Dejaremos los dos cuartos primeros, y nos ocuparemos del último.

Como si la Providencia hubiera querido alegrar á los más pobres, el sol bañaba las ventanas del cuarto tercero desde poco despues de salir, hasta poco antes de ponerse.

No era aquella una habitacion mísera: era solamente una habitacion pobre: porque habeis de saber, lectores míos, que de la pobreza á la miseria hay una enorme y dolorosa diferencia.

Pobre es aquel que con trabajo puede atender á las primeras y más perentorias necesidades de la vida.

Mísero es aquel que de todó carece, y que solo cuenta en la tierra con la caridad de las buenas almas.

Los vecinos del cuarto tercero, que caía sobre el lado izquierdo del pasadizo, eran muy pobres, pero no habían llegado á la miseria.

¿Sería porque tuvieran lo más indispensable para subvenir á las necesidades de la vida?

Quizá no.

Pero se advertía en ellos tal dignidad y tanto afán de disimular su penuria, que toda idea angustiosa se disipaba al verles.

Eran, en primer lugar, una señora como de cuarenta años de edad y una niña de trece, que debían ser madre é hija, á juzgar por la semejanza de sus fisonomías.

Parecíanse, sin embargo, como se parece la rosa marchita y casi seca á impulsos del viento asolador de las tempestades, al fresco capullo que se abre en la misma rama.

Doña Clara, que era el nombre de la señora, tenía una alta y magestuosa estatura: sus ojos, de un azul oscuro y brillante, se habían hundido, á fuerza de llorar, bajo los arcos perfectos de sus negras cejas: su tez, de una blancura nacarada en días más hermosos, estaba empañada por un tinte amarillento, sin que por eso hubiese perdido nada de su diáfana tersura: su boca, de labios descoloridos, enseñaba alguna vez dos filas de dientes blancos é iguales, cuando la sonrisa maternal, que le arrancaban las gracias

de su hija, se abría paso entre sus mal reprimidas lágrimas.

Tenía la frente noble y elevada: su cabellera, que aún conservaba una gran parte de la riqueza que en otro tiempo debía haber ostentado, se dividía en dos sedosas y negras bandas, que la coronaban como una rica diadema de abillantado terciopelo.

Sin embargo, algunas hebras de plata alteraban el ébano bruñido de aquella admirable cabellera.

La escasez no había podido modificar los contornos incomparables de su cuello; y los de su pecho y del resto de su figura lucían, más bien que se eclipsaban, bajo los oscuros pliegues del pobre vestido de alepin negro que casi siempre la cubría.

Tal era doña Clara: la desgracia estaba escrita en su frente con imborrables caracteres; pero había en ella algo de angustia que brillaba entre los estragos del dolor.

La niña era el retrato de lo que su madre había sido á su edad, mejorado aún por la mano de Dios, ese sublime artífice que reproduce á las madres en sus hijas, haciendo á estas más bellas para alegría de aquellas.

Llamábase Mercedes, y excepto los reflejos dorados de su soberbia cabellera castaña, no había en su persona rasgo alguno que no fuese una copia de la hermosura de su madre.

Pero ¡qué frescura respiraba aquella carita sonrosada y redonda!

¡Qué modesta timidez se advertía en sus rasgados ojos azules!

¡Qué dulce y sumiso era su acento!

Mercedes era alta para su edad; y de tal modo, que ya vestía el traje largo que con tanto afán ambicionan las niñas desde los diez años hasta los catorce, en que comunmente se les viste; sus hermosos cabellos se recogían en una gruesa y apretada trenza detrás de su cabeza, dejando descubiertas sus sienes y su frente de una azulada blancura.

La boca de aquella hermosa adolescente era encarnada como una cereza; su nariz era muy pequeña y delicada; sus mejillas de una encantadora y satinada redondez.

Llevaba un humilde vestido de indiana oscura, despintada ya á fuerza de lavarla; un delantalillo negro, y un cuello blanco que volvía sobre el cerrado escote de su traje.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II.

Doña Clara era viuda: su esposo, comerciante acaudalado, había perdido toda su fortuna por la mala fé de sus corresponsales y por un pleito, más largo que su vida, que le abrió el sepulcro antes de verle terminado.

La pobre mujer quedó sin más recursos que los que podía haberle proporcionado la venta de sus alhajas y mueblaje, que era suntuoso; pero, después del fallecimiento de su marido, ganó el pleito la parte contraria, y, para pagar las costas, tuvo que vender cuanto tenía.

Habiale quedado un hijo mayor que Mercedes, y que contaba veinte años de edad;

pero aquel hijo ¡ay! hacia nueve que estaba ciego.

La vista de esta terrible desgracia aceleró la muerte de su pobre padre, que no pudo hacerse superior á ella.

La infeliz familia, despues de la pérdida total de su fortuna, fué cambiando sucesivamente de habitaciones, siendo cada una de las que ocupaba más pobre que las anteriores, y viniendo por fin á habitar aquel cuarto interior que rentaba un alquiler muy módico.

No era muy pequeño, sin embargo.

Constaba de una sala de regulares dimensiones, sobre cuyas paredes blanqueadas se veían colgados algunos cuadros, encerrados en marcos oscuros, que contenían imágenes de santos.

Una papelera antigua, una mesa de pino pintado, sobre la cual habia un pequeño tocador, y algunas sillas de anea, constituían su mueblaje.

En la alcoba, cuyas puertas sin cristales estaban cubiertas con dos cortinas de percal blanco, habia un gran lecho, en el cual dormían doña Clara y su hija.

Saliendo de aquella sala, se encontraba

un recibimiento que tenia dos puertas cerradas.

La una daba paso al cuarto de Guillermo, el pobre ciego; y la otra á una cocina pequeña y aseada.

Dentro de esta, habia un cuartito destinado sin duda á servir de despensa; pero como la familia Rocamora,—este era su apellido,—no tenia nada que guardar, habia colocado allí un armario que contenia alguna ropa blanca, ya muy vieja y zurcida, una levita muy usada de Guillermo, y un vestido, que no estaba en mejor estado, de su hermanita.

La pobre madre no tenia más vestido que el que llevaba puesto.

En aquel cuartito habia, además, una mesilla coja que sostenia algunos libros de Mercedes; los que ella habia usado para leer en el colegio, y que eran *El amigo de los niños*, las *Páginas de la infancia*, el *Fleury* y el *Compendio de la historia de España*.

Aquellos libros constituían todo el recreo de la pobre Mercedes, que era muy apasionada á leer, y que, aunque los sabia de memoria, repasaba sus páginas siempre que tenia un momento libre.



No habia más habitaciones en la casa: como ya he dicho, en la alcoba de la sala dormia doña Clara y su hija; arrimada á la pared se veia una mesa que, á las horas de las comidas, se colocaba en el centro, porque la sala servia tambien de comedor.

Fáltame describir el cuarto de Guillermo, de lo cual no quiero dispensarme, porque ofrecia una extraña particularidad.

La habitacion del ciego estaba adornada hasta con lujo.

Enfrente de la puerta de entrada, cubierta con un tapiz que habia ostentado los más hermosos matices en otro tiempo, pero cuyo color estaba deslucido á la sazón, habia un elegante lavabo de caoba con tablero de piedra blanca, y, sobre él, algunos frascos de cristal de roca y tres ó cuatro cajas de porcelana que contenian jabon perfumado, polvos para los dientes y pasta de almen dras que exhalaba un delicioso aroma.

En la parte superior del mueble, y sostenido por columnas delgadas, se alzaba un espejo redondo y de una hechura elegante.

Cuatro sillas con asientos de terciopelo color de granada, y una hermosa y cómoda butaca con flecos y borlones de seda, armo-

nizaban con las cortinas de muselina blanca que caian delante de la ventana.

El lecho, de hierro bruñido, tenia tambien cortinas de muselina blanca, bordadas de flores con estambre aleman, cuyo efecto es mucho más fresco y encantador que el de la seda.

Además del lecho, habia en la alcoba una elegante mesita de noche, un ropero pequeño que contenia dos ó tres prendas desechadas ya por viejas, y un reclinatorio forrado en raso azul y bordado de oro, obra de su buena madre en dias más felices.

¿Cómo habia en aquella habitacion tanto lujo, estando tan pobre el resto de la casa?

¡Ay! Era que aquella santa madre y aquella hermana angelical querian, á toda costa, ocultar al pobre ciego la escasez en que vivian.

El trascurso de esta historia os hará conocer mejor, lectores míos, la adorable virtud de aquellas nobles criaturas, porque vamos á encontrarlas reunidas en la sala.

Eran cerca de las cinco de una bella tarde de Abril.

Sentada doña Clara junto á una de las

ventanas de la sala, cosía en un lienzo muy duro y tan moreno que, inmediatas á aquella grosera tela, sus manos parecían de marfil bruñido.

Lo que cosía era lienzo llamado *de munición*; es decir, camisas para los soldados de uno de los regimientos que á la sazón se hallaban en Madrid.

El llanto que de continuo le arrancaban sus pesares, había amenguado tanto la vista de la infeliz señora, que ya no podía ocuparse en ninguna labor delicada.

Frente á ella, bordaba Mercedes una manga perteneciente á una rica camisa de mujer.

El dibujo era precioso; pero los ágiles dedos de la niña, acostumbrados á moverse con sobrada ligereza, no le daban todo el primor que exigía; los contornos de las flores aparecían confusos, pues requerían mucha paciencia, y la pobre niña se había visto obligada á trabajar para comer un poco de pan cada día.

¡Oh, vosotros, opulentos y dichosos de la tierra! No sabéis, no podeis saber lo angustioso que es tener que trabajar para comer; una fiebre ardiente discurre por las venas é

inflama el cerebro ocupado por esta sola idea:

—¡NO TENGO PAN!

Y las manos se entorpecen, y los objetos dan vueltas en derredor, y los oídos zumban con un ruido horrible que aturde, que enloquece.

Mercedes no sentía esto aún.

Era muy niña todavía para sentir ese dolor homicida que nace de la misma claridad del raciocinio y de la razón, y del cual se libran todas aquellas criaturas de escasos alcances ó de limitada sensibilidad.

Mas los efectos de la escasez extrema y cercana á la miseria se dejaban ver en ella en relación á su misma edad.

Aquella niña, que hubiera sido primorosa en todas las labores y aventajada en todas las habilidades si la suerte le hubiera sido más propicia, era solamente una criatura vulgar, y á veces menos que vulgar, porque otras hubieran desempeñado lo que ella hacía con mucho más primor.

Cerca de Mercedes, se hallaba sentado Guillermo, cuyo trage hacía tan extraño contraste con el de su madre y hermana,

como el que formaba su aposento con el resto de la casa.

El jóven estaba envuelto en una elegante bata de merino con flores brochadas de seda.

Un gorro de terciopelo, con una hermosa borla de seda y oro, cubria su cabeza poblada de bucles castaños, y sus piés estaban encerrados en unas babuchas de tafilete verde.

Guillermo era hermoso; pero más que su hermosura llamaban en él la atención la expresión varonil de su semblante y la energía escrita en sus facciones correctas y tranquilas.

Sus ojos, cubiertos de una ligera niebla, eran grandes, oscuros y muy hermosos; sus cejas, anchas y levantadas, daban claros indicios de la fuerza de su imaginación y de lo apasionado de su carácter, dotado de una extraordinaria vehemencia.

Por eso la pobre madre trataba de ocultar el estado de penuria en que vivían; si Guillermo hubiera podido sospecharlo, se hubiera vuelto loco ó muerto de desesperación.

Muchas veces derramaba lágrimas silen-

ciosas cuando se hallaba solo en su cuarto, pensando en que, á no ser por estar privado de la vista, hubiera podido trabajar y hacer adelantos en las ciencias, en las artes, en la milicia ó en la legislatura.

¡Qué hubiera sido del infeliz jóven si hubiera podido saber que era una carga para su desgraciada madre y para su pobre hermanita! Sufria creyendo á su familia en el seno del bienestar y de la abundancia: ¡cuál hubiera sido su tormento si hubiera podido suponer hasta dónde llegaba su pobreza!

Por eso doña Clara habia procurado hacer más tupido el cendal que velaba los ojos de su hijo: por eso le ocultó la pérdida del pleito, el decaimiento progresivo de su fortuna y la venta sucesiva de todos sus muebles.

En la tarde de que voy hablando, hacia rato ya que Guillermo, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, guardaba silencio y permanecía inmóvil.

—Mamá, dijo de repente y tocando una silla que habia inmediata á él: mamá, ¿cuándo estará renovada la tapicería de nuestras sillas y de nuestros sillones?

—Pronto, hijo mio; contestó doña Clara con voz que procuraba hacer segura para no alarmar al jóven.

—¡Me hace un daño pensar que tenemos sillas de anea! continuó Guillermo apartando con repugnancia su fina y pequeña mano del asiento de la silla que poco antes estaba tocando.

—Tú eres una pobre sensitiva á quien todo hace daño, hijo mio; dijo doña Clara, cuyo acento tomó, sin poderlo ella evitar, una inflexion muy triste.

—¿Y lo lamentas, madre? preguntó el ciego.

—Lo lamento, hijo mio, porque con esa extrema sensibilidad de carácter, con esa delicadeza de corazon, nunca podrás ser feliz.

—Ahora padezco, madre mia; no te lo niego.

—¡Padesces! ¿Por qué? ¿Qué tienes? ¡Vamos, hijo, dímelo! exclamó alarmada la amorosa madre.

—Padezco, continuó Guillermo, porque me parece, mamá, que te vas volviendo avara.

—¡Avara mamá! repitió Mercedes, que no

pudo contener aquel ímpetu de su carácter, al oír á su hermano.

Doña Clara estrechó la mano de su hija, estampó en su frente un beso silencioso, y luego, con acento alegre, dijo, al mismo tiempo que corrian por sus mejillas dos lágrimas silenciosas:

—¡Es verdad, Guillermo! ¡Me he hecho un poco avara, por tí y por tu hermana! ¿Qué quieres? No teneis á nadie más que á mí, hijos míos, que vele por vuestro porvenir.

—¡Ah, madre mia! ¡Si Dios no me hubiera quitado la vista, no tendrias que pensar en el porvenir! exclamó Guillermo, cuyas facciones retrataron un dolor tan vivo y agudo que espantó á su madre.—Esta se apresuró á responder:

—Pero, hijo mio, quizá mi prevision y mi deseo de ahorrar son infundados: nada nos falta y...

—¡Debia sobraros todo! repuso con amargura el ciego; ¡oh! continuó: ¡oh, Dios mio! ¡dejadme vivir la mitad de los años que me teneis destinados; pero devolvedme la vista!

Al hacer esta súplica, clavaba en el cielo raso de la habitacion sus ojos sin luz, y por

sus pálidas mejillas corrían dos gruesas y amargas lágrimas.

—Hermano, ¿no conoces que haces padecer mucho á mamá? dijo Mercedes tomando una mano de Guillermo: ¿por qué quieres vivir poco? ¿Qué sería de nosotros sin tí?

—¡Para lo que os sirvo!... observó el ciego doblando sobre el pecho su abatida cabeza.

—Eres un ingrato, Guillermo, dijo con voz alterada doña Clara.

—Es verdad, mamá; perdóname, respondió el jóven buscando á tientas la mano de su madre, que besó así que pudo asirla; soy injusto; pero ¿no es un dolor que á los veinte años esté yo sin vista? ¡Sin vista, cuando podía acompañaros á todas partes, y contemplar vuestra belleza y vuestros elegantes trages! Porque yo me acuerdo, mamá, de que tú eras una mujer extraordinariamente hermosa, y de que mi hermana tenía una cabeza angelical en un cuerpo de hada.

—¡Lisonjero! exclamó con dulzura la señora de Rocamora, en tanto que cosía con febril afán; luego, alzando la cabeza, recomendó á su hija que se diese la mayor prisa posible.

—Mamá, dijo tras algunos momentos de silencio el pobre ciego: he oido leer al vecino del cuarto de abajo el anuncio de las funciones de teatro, y sé que en el Príncipe se hace *La alquería de Bretaña*; ¿vamos al teatro?

—Hijo mio, me duele mucho la cabeza, respondió doña Clara, que, al oír las palabras de su hijo, se puso á temblar.

—Siempre que hablo de ir al teatro me dices lo mismo, repuso Guillermo: ¡cualquiera diría que estamos pobres!

—¡Qué locura, Guillermo! dijo doña Clara. ¿De dónde sacas...?

—¡Me da que pensar tu oposicion á toda clase de diversiones!

—Es que como tú no puedes verlas...

—Puedo oirlas; te aseguro, mamá, que sentado en un palco bajo, bien abrigado, y oyendo un buen drama ó una bonita comedia, lo paso deliciosamente.

—¡Un palco bajo! ¡Dios mio! pensó con terror la pobre madre.

—Mamá, continuó Guillermo, yo no sé lo que pasa en nuestra casa desde hace algun tiempo; tú vas siempre vestida de percal... ¡pues! ¡como ahora!... añadió el jóven tocando con un movimiento rápido el traje

de su madre: Mercedes viste lo mismo... las paredes están sin papel, porque dices que van á estucarlas, y el estuco no llega nunca: las sillas son de anea, porque están renovando las tapicerías de nuestros magníficos muebles: han desaparecido nuestras soberbias mesas de jaspe y mármol, nuestros grandes espejos, y nuestros cuadros al óleo: no hay relojes en casa... no oigo criado alguno, aunque dices que la parte de casa que ellos habitan está lejos de aquí; tú misma haces mi cama y me vistes... Madre, madre... ¿qué pasa?

—Vamos, vamos, ¿quieres callar, loco? dijo esforzándose por reír doña Clara; si no hay papel ni estuco en las paredes es porque al fin he decidido que nos mudemos... no me gusta tener tan cerca á los criados... si vestimos estos trages, es por mi afan de concluir todo lo que tiene un color oscuro, y porque la modista se ha llevado para reformar todos los buenos... He regalado algunos muebles, es cierto, porque no cabian aquí... y en cuanto á los relojes, los he quitado de casa porque ellos habian señalado la hora en que murió tu padre... Vamos, ¿quieres más explicaciones?

—Aún quisiera saber por qué me sirves tú, y no mi ayuda de cámara.

—Porque no te servía bien, hijo mio; para una madre siempre es un placer el cuidar á su hijo; pero vamos, no tengas pensamientos tristes, y alégrate, porque me decido á que vayamos al teatro...

La infeliz señora, al decir estas palabras, alzó los ojos al cielo, como pidiéndole valor.

Las azules pupilas de Mercedes chispearon de alegría.

¡Pobre niña! Tenia trece años, y, en su vida de penuria, era un acontecimiento ir al teatro.

Mas aquella centella de gozo se apagó al ver caer abundantes lágrimas de los ojos de su pobre madre.

—Voy á encargar á la doncella que prepare nuestros trages, dijo doña Clara con una voz tan firme, á pesar de su llanto, que bien se conocia el heróico y doloroso estudio que habia hecho de fingir.

Salió en efecto, y Guillermo quedó solo con su hermana.

—Ven, Mercedes, dijo el jóven buscando la mano de la niña; ven y dime la verdad.

—Pregunta, contestó aquella con insegura voz, porque no sabia mentir y temblaba ante las crueles dudas de su hermano.

—Vas á decirme la verdad, continuó Guillermo hallando por fin la mano de su hermanita: ¿qué es lo que sucede en casa? ¿Es cierto que nuestros muebles están renovándose en el taller del tapicero? ¿Que se están limpiando nuestros cuadros? ¿Que esta habitación es muy grande? ¡Mercedes, Mercedes! ¡dime, por Dios, la verdad!

—Todo lo que mamá te dice es cierto, hermano, contestó la niña con voz balbuciente, y mirando por dónde podría huir de aquel interrogatorio que tanto la atormentaba.

—Entonces, ¿por qué tiembla tanto tu mano? exclamó Guillermo, despidiendo chispas de sus ojos nublados por una noche eterna, y oprimiendo con una fuerza convulsiva la pequeña y delicada mano de su hermana.

—¡Suelta! dijo Mercedes; ¡suelta, que me haces daño!

—¿Por qué mientes? preguntó el ciego con doloroso acento.

—¡Déjame! gritó Mercedes.

—¡Estamos pobres... sí... muy pobres, y yo soy una carga para nuestra desgraciada madre y para ti!...

El ciego, al pronunciar estas palabras, dejó caer sus brazos con desaliento, y Mercedes aprovechó la ocasión para evadir aquella escena tan aflictiva para ella.

Mas al ir á entrar corriendo en el cuarto de su hermano para refugiarse en él, oyó unos sollozos ahogados que partían del pecho de su pobre madre.

—¡Dios mio, mamá! ¿qué tienes? dijo Mercedes, cuyas mejillas estaban tambien surcadas por las lágrimas de angustia que le habia arrancado el arrebató doloroso de Guillermo.

—¡Ay, hija mia! ¡pobre hija mia! ¡qué va á ser de nosotros! repuso doña Clara abrazando á su hija deshecha en llanto.

—¡Yo no sé, mamá! contestó Mercedes mezclando sus lágrimas con las de su madre: solo sé que mi hermano abriga la creencia de que somos muy pobres, y esto le hace sufrir de un modo horrible...

—¡Qué!... ¿te ha hablado?... preguntó con angustia doña Clara.

—Sí, mamá.

—¿Y qué te ha dicho?  
 —¡Dios mio! He creído que se volvía loco.  
 —¿Sospecha acaso?...  
 —No solo sospecha: tiene la certidumbre de nuestra pobreza.

Doña Clara alzó los ojos y las manos al cielo: luego dejó caer la cabeza en el respaldo de su asiento y prorumpió en sollozos, en tanto que su pobre hija, en pie á su lado, lloraba también desconsoladamente.

## III.

Después de salir doña Clara de la sala, bajo el pretexto de encargarse á su doncella que les preparase los trajes para ir al teatro, se sentó, en el cuarto de su hijo, en el sillón que este ocupaba habitualmente durante las primeras horas de la mañana.

Allí se puso á reflexionar de dónde podría sacar dinero para tomar un palco bajo en el teatro del Príncipe, á fin de satisfacer el deseo de su hijo.

Era un gasto de unos setenta reales con el palco, las tres entradas y el carruaje de que no podían prescindir, porque las pocas veces que salía Guillermo de noche era siempre en carruaje, á causa de su estado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO DE YES"  
 Agosto, 1933 MONTERREY, MEXICO



¡Setenta reales de gasto, cuando ni un cuarto tenían en casa, cuando así doña Clara como su hija se habían afanado durante todo el día en acabar sus labores para poder cobrarlas y dar algo que cenar á Guillermo!

Más de un lector habrá que culpe la excesiva ternura de aquella madre, y que crea que hubiera sido mas natural y sencillo dejarle ver lo desesperado de su situación.

Esto es, en verdad, lógico; pero no está en concordancia ni con el modo de ser de aquella tierna y delicada madre, ni tampoco con el organismo exaltado del desgraciado ciego.

Su madre únicamente sabia hasta dónde llegaban la sensibilidad, la delicadeza de Guillermo. ¡Y qué no sabe una madre tratándose de sus hijos! ¡Qué pliegue hay en sus corazones que no lean los ojos maternales!

Lectores míos, cuando el universo entero ignora alguna de vuestras amarguras, ¿habéis podido ocultarla á los ojos de vuestra madre? ¿No es verdad que su apasionado cariño parecia leer en el fondo de vuestro pecho, y que su mirada cariñosa os decia del

modo mas elocuente: ¿por qué no me confías la causa de tu pena?

¡No! No hay nada en el mundo tan bueno, tan noble, tan dulce, tan previsor como una madre. Ella es la imagen más perfecta de la Providencia, porque ella es el amparo de todos nuestros dolores y la que cuida de nosotros en todos los momentos de la vida.

El amor materno era lo que inspiraba á doña Clara la extraña conducta que seguía con Guillermo. La infeliz madre temblaba al pensar en la pena de su hijo el día en que supiera que eran pobres, y quería, fiando en Dios, esperar á que la Providencia divina cambiase su cruel situación.

Porque ¿qué habían hecho ellos, pobres inocentes, para padecer tanto?

¿No había sido ella siempre una hija sumisa y obediente, una esposa ejemplar y una amorosa madre?

Así pensaba cuando la amargura la acosaba y cuando su corazón se debilitaba á fuerza de sufrir; y redoblaba las horas de un trabajo tanto más angustioso, cuanto que tenia que ocultarlo á la perspicacia de su hijo.

Temblando ante la evidencia que iba sur-

giendo de las mismas dudas de Guillermo, le prometió que irían al teatro, sin saber cómo cumplirle su promesa.

Solo un medio tenia, y no vaciló un instante en ponerle por obra tan pronto como se le ocurrió á su imaginacion.

Vivia en el cuarto segundo de la misma casa, pero en la parte que daba á la calle, una señora solterona y muy rica.

Esta señora, llamada doña Rita, era alta, flaca y huesuda: tenia para su servicio un lacayo, una camarera de avanzada edad, y una cocinera que contentaba su paladar excesivamente delicado.

La pobre madre, dando vueltas á su abrasada cabeza, pensó en doña Rita como el único recurso de salvacion que se le ofrecia, y bajó corriendo la escalera interior que se unia á la principal.

Cuando llegó á la puerta del cuarto de su vecina, doña Clara tuvo que detenerse antes de tirar del elegante cordon de seda de la campanilla, rematado por una borla.

Todo su cuerpo temblaba de vergüenza y de emocion.

Iba á pedir ochenta reales prestados á una persona casi desconocida para ella.

¿Y para qué?

Setenta para llevar á su hijo al teatro, á un sitio ocupado comunmente por las personas acomodadas y distinguidas de la sociedad.

Los otros diez para dar á aquel mismo hijo un alimento delicado que le sirviese de cena y que le ocultase la penuria de su casa.

¿Sabria comprender aquella mujer sin familia, y que debia ser egoista por naturaleza, el santo sacrificio de la madre que se humillaba hasta mendigar la dolorosa opulencia de su hijo?

Todas estas reflexiones acosaban el corazón de la desgraciada señora al llegar á la puerta de su vecina; de aquella vecina que, segun habia oido decir, era muy rica.

Un reloj del mismo cuarto en que iba á entrar dió las seis, avisándole así que el tiempo pasaba.

Entonces con mano trémula tiró del cordon de seda, produciendo la campanilla un sonido metálico.

Poco despues se oyeron los pasos torpes del lacayo, que preguntó con voz fuerte:

—¿Quién es?

Doña Clara no pudo responder.

Entonces el lacayo abrió el ventanillo y, así que vió á una mujer, abrió.

—¿Qué se le ofrece á V.? volvió á preguntar el lacayo con la manera brusca de los criados de solterones, que, por lo general, lo son tambien.

—Quisiera ver á la señora, respondió tímidamente doña Clara.

El lacayo desapareció refunfuñando, y poco despues volvió á salir.

—La señora accede á recibir á V., dijo gravemente; pase V.

Doña Clara le siguió; cruzó dos ó tres salas bien amuebladas, y se halló en un gabinete vestido de damasco verde oscuro, en el cual se hallaba la flaca doña Rita.

Estaba ataviada con un traje de seda oscura con grandes ramos de rosas: cubria su cabeza una cofia de encajes de buen gusto y de gran precio, adornada con lazos de color de rosa, y llevaba su reloj suspendido de una gruesa cadena de oro.

Ocupaba doña Rita un sillón inmediato á la chimenea, y al otro lado dormia, en otro igual, un enorme dogo, color de café y le-

che, tan gordo que casi no veia, y tan gruñon que con él mismo se irritaba.

Doña Rita hacia calceta, una calceta muy fina, y la hacia tan lentamente que bien se podia asegurar que su conclusion duraria tanto como su vida.

—Buenas noches, señora, dijo confundida doña Clara al aparecer en la puerta del gabinete.

—Muy buenas las tenga V., contestó la solterona midiendo con una ojeada insolente á aquella pobre señora, vestida con un humilde traje de percal de luto, tan usado ya, que estaba como pardo: tome V. asiento y dígame en qué puedo servirla: retírate, Severo.

El lacayo salió, y doña Rita dió á entender á su interlocutora que esperaba le explicase el objeto de su visita.

Doña Clara temblaba.

Sus ojos estaban fijos en la alfombra: sus sienas zumbaban.

Comprendió, sin embargo, que era forzoso explicar el motivo de su visita, y empezó con ese acento balbuciente y ahogado de las personas tímidas y amedrentadas además por algun sentimiento doloroso y punzante:

—Señora... me veo... en un gran apuro... y... y...

—¿Y... qué? repuso doña Rita irguiéndose en su asiento como si hubiera tragado de repente un asador de hierro.

—Vengo... á... á V.... para... para ver si... si...

—¿Señora, no entiendo nada de lo que V. me dice! exclamó con acritud doña Rita: está V. ahí tartamudeando de modo... que no comprendo una palabra.

—Pues bien... señora... vengo á pedir á V. ochenta reales... que me hacen falta...

—¡Ochenta reales! repitió ahuecando la voz la solteróna.

—¿Señora, créame V... me hacen suma falta!... dijo doña Clara con las mejillas rojas de rubor y la voz temblorosa: de lo contrario...

—¿Y quién es V. para tomarse semejante franqueza? Yo no la conozco, ni la he visto nunca...

—Sin embargo, señora... vivo en esta misma casa.

—¡En esta casa!

—Sí, señora: en la parte interior ó del pasadizo.

—¡Ah! ¡Ya caigo! ¿Será V. esa viuda que tiene un hijo ciego y una hija?

—Soy, en efecto, una desgraciada viuda.

—Bien: ¿y quiere V. que yo le dé ochenta reales, no es así?

—Ciertamente, deseo que me haga V. el favor de prestarme esa cantidad.

—¿Y supongo que será para una urgencia muy precisa?

—¡Ah, señora! exclamó con un arranque impetuoso la pobre madre: ¡con esos ochenta reales puedo salvar á mi hijo de la desesperacion!

—¿Pues qué le pasa, señora? ¡Un chico ciego y que nunca sale de su agujero como si fuera un huron!...

—¡Es que hoy quiere ir al teatro y á palco bajo, y yo no tengo un cuarto!

La desventurada madre, juzgando por sus sentimientos, dijo estas palabras como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

Pero ¡ay, desdichada! que no conocia lo que era el corazon de aquella mujer.

Las flacas mejillas de doña Rita se encendieron mucho más que los lazos de su papalina: chispearon sus ojillos sin pestañas,

33 868

de color gris, y exclamó con voz jadeante de ira:

—¡Hola! ¿Conque esos ochenta reales son para que vaya su hijo de V. al teatro?

—Y para darle un poco de jamon para cenar.

—¡Qué escucho! ¿Conque tiene V. un hijo cuyos vicios alimenta abusando de las gentes, eh? dijo doña Rita exasperada.

—Señora, si yo he venido á pedir á usted ese dinero, ha sido porque temia que mi hijo conociese todo el horror de nuestra situacion, repuso doña Clara: él nos cree felices aún... porque yo he procurado, á costa de los mayores esfuerzos, que no se apercibiese de nuestra pobreza... y temo mucho darle un golpe que ha de serle mortal.

—¡Miren qué lástima! ¿Por qué no ha nacido duque? observó con grosería doña Rita. ¡Pues me choca! ¿Conque para velar por la extremada sensibilidad del mozo hemos de ser puestos á contribucion los vecinos?

—No, señora: respondió doña Clara levantándose con dignidad: no recurriré á ninguna otra persona de la casa, para no sufrir otro desengaño.

—¡Y hará V. muy bien! Vaya V. á decir

que le den prestado, ó regalado, porque la traza de V. dice claro que el que le presta le da: vaya V. y verá lo que le contestan.

—¡No iré á nadie! Es V. la única persona á quien he acudido; pero antes de acudir á otra, prefiero que mi hijo sepa la horrible verdad.

Doña Clara, al pronunciar estas palabras, se cubrió el semblante con las manos con un ademan tan lleno de desesperacion, que otra cualquiera persona que hubiera tenido el corazon menos duro que la solterona, se hubiera conmovido profundamente.

—Quede V. con Dios, señora; añadió tras una pausa: ya debia haberme acordado á que V. no es madre, y de que hay ciertos dolores que solo una madre comprende.

—¡Me hubiera V. hecho un singular favor con haber pensado eso antes! repuso doña Rita: ¡y más cuenta le tendria á V. ser soltera como yo, que no pasar esos ahogos! ¡Vaya con el afan de casarse para que luego les mantengan los hijos y hasta les paguen sus vicios!

Doña Clara no quiso responder nada á estas últimas palabras y salió del gabinete.

Volvió á cruzar las dos ó tres salas de pa-

so, que antes había atravesado para llegar hasta la presencia de la iracunda doña Rita, y se encontró en la antesala sin saber á dónde iba ni de dónde venía.

Allí estaba la camarera de doña Rita, en pié, y al parecer esperándola.

Era una mujer de cincuenta años y de fisonomía bondadosa.

—¡Ah, mi buena señora! exclamó saliéndole al paso: ¿es posible que V. haya podido suponer ni por un instante que mi ama quisiese socorrerla?

—¿Quién no se equivoca alguna vez? murmuró con amargura doña Clara.

—¡Es verdad! Pero si me hubiera V. preguntado, de fijó que se hubiera evitado el mal rato que acaba de pasar. ¿Querrá usted creer, señora, que yo soy viuda y tuve que decirle que era soltera para que me admitiese á su servicio? Odia á los niños, á las jóvenes, y sobre todo á las casadas; pero si V. quiere acertar, dirijase á una hermosa señorita que vive enfrente de su cuarto de V.: yo creo que es una cantatriz del teatro; pero tiene cara de ser muy buena y amable.

—Gracias, señora, respondió con amar-

gura doña Clara, mil gracias: no quiero molestar á nadie con la relacion de mis dolores.

—¿Pero qué le costaba á V. probar?... insistió la camarera, que tenía buen corazón.

—Que V. lo pase bien, respondió doña Clara, alejándose ya.

Subió lentamente la escalera y tomó la interior, entrando en su habitacion con el corazón desgarrado.

El aposento que más cerca halló fué el de su hijo: penetró en él, y dejándose caer en una silla, rompió en sollozos.

Así la encontró la pobre Mercedes cuando escapó del arrebato doloroso de su hermano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO